

# SOCIOLOGIA Y PSICOANALISIS

## ENCUADRAMIENTO DEL TEMA

Debe entenderse en este modesto trabajo informativo-crítico bajo el término «sociología» o «teoría de la sociedad», no la explicación filosófica de los fundamentos de la sociedad a través de los principios filosóficos de las cuatro causas, sino «la teoría científica de la sociedad», es decir, la *sociología* definida como *ciencia positiva de los hechos sociales*, o explicación de las causas inmediatas de la vida social y de las distintas organizaciones o agrupaciones sociales; es decir, los fenómenos determinantes de los mismos. Sólo con esta teoría de la sociedad, o sociología científica, no con la doctrina filosófica y jurídico-normativa de la sociedad, ha entrado en relaciones y tomado contacto, con sus conatos de explicación, la teoría psicoanalista de Freud y su escuela. *Estas explicaciones* deben encuadrarse entre las varias interpretaciones que, desde el punto de vista de la psicología, se han dado de los hechos sociales.

Dicho psicologismo se produce entre los científicos *por reacción contra* el sociologismo exagerado de Durkheim. Para éste, los hechos sociales deben explicarse por otros hechos sociales antecedentes y jamás, aún en último análisis, por hechos psíquicos. En contra de esta posición, diversas tendencias han ensayado una *genética sociológica* a partir de la misma psicología individual sobre el principio de la reducción de todo lo social a los hechos y fenómenos individuales.

Ante todo, algunos trataron de reducir la sociología a la biología. Tales, el *organicismo* exagerado que asimila enteramente la organización social a un organismo viviente. *La teoría zoológica*, que encuentra la explicación de los hechos sociales, de las sociedades humanas, en "*las asociaciones animales*", el gregarismo y afinidad so-

cial que se da entre los individuos de cada especie social por efecto de las fuerzas biológicas de *inter-atracción* (Espinás, Waxweiler).

Pero aún más numerosas son las tentativas de reducir la sociología a la psicología encontrando la explicación de los hechos sociales en lo psicológico individual, o interindividual; máxime entre los sociólogos americanos.

Deben mencionarse: a) *La sociología de las masas*, que encuentra la explicación de los fenómenos sociales y sus leyes, en los fenómenos de formación del *alma colectiva* y de las emociones de propagación de esta psicología colectiva, en esa reunión de individuos tan característica que da lugar a la masa y a los movimientos tan especiales de la misma (eliminación de lo intelectual en provecho del elemento instintivo-afectivo, credulidad extrema, absorción del individuo en la masa, etc.)

b) *La teoría de la imitación*, de G. Tarde, que se fija en el fenómeno universal de la *repetición*, tanto en el mundo físico—ondulación—como en el mundo biológico—herencia—y en el mundo psicológico, transformado entonces en el fenómeno de la imitación. La imitación «socializa lo individual», en especial *la invención*, gran factor del progreso pero típicamente individual, que se propagaría por la imitación.

c) *La psicología social*, de Mac Dougall, la cual hundiría sin embargo sus raíces en la psicología individual, en cuanto que las tendencias y capacidades naturales del expositor humano individual engendrarían, en toda su complejidad, la vida mental de las sociedades que a su vez influirían en lo individual. Estas tendencias son los *instintos* fundamentales—como el de curiosidad, repulsión, agresividad, instintos parentales, instintos gregarios, los de adquisición y construcción—que, al combinarse, se manifestarían en los distintos fenómenos sociales y engendrarían éstos.

d) *La teoría social del espíritu*, de G. Mead, que partiendo de la psicología «*behaviorista*» explica las acciones y reacciones individuales y la misma conciencia del individuo por un proceso de interacción mutua, o por influencias del medio social.

e) Por fin, la explicación *psicoanalista*, que es la tentativa hecha por Freud para explicar por el psicoanálisis ciertos hechos sociales fundamentales, reduciendo en particular todo lo social a lo sexual (1).

---

(1) Cf. A. CUVILLIER : *Manuel de Sociologie*, Paris PUF 1950, p. 106-137.

## EXPOSICION

Freud reacciona no sólo contra el *sociologismo* de Durkheim, sino contra el individualismo extremo de su tiempo, según el cual individuo y sociedad eran entonces considerados como entidades distintas y antagónicas, y la psicología y sociología formaban dos mundos separados. Por eso él ha sido uno de los primeros en colocar al individuo, para mejor conocerle y comprenderle, en su medio social.

La actividad literaria de Freud, fundador de la escuela psicoanalista, se extiende desde 1900, con su obra *Ciencia de los sueños*, hasta 1939 con su obra *Moisés y el monoteísmo*, explicación psicoanalista de la religión. Freud era judío, vivió y escribió siempre en Viena, y en su ambiente familiar—hijo de segundo matrimonio del padre, el cual ya era abuelo al nacer Freud, quien tuvo en su hogar sobrinos mayores que él, tío carnal—y en la sociedad medio burguesa tan relajada de la Viena de entonces encuentran los autores explicación parcial de su teoría pansexualista.

Freud no reacciona totalmente contra el sociologismo de Durkheim; al contrario, de él toma el punto de partida de toda su teorización. Es la idea de la presión social de Durkheim, equivalente a la del *control* social de los sociólogos americanos. Esta *presión social* o factor de inhibición que la sociedad ejerce sobre el individuo y arranca desde la infancia, se convierte en la idea de la *censura social* en Freud.

## PSICOLOGIA GENETICA INDIVIDUAL

Como en el sociologismo, también para Freud todas las grandes ideas de nuestra civilización—la obligación moral, la religión, los sentimientos morales y sociales—derivan indirectamente de esta censura o represión de la sociedad sobre el individuo. Y la concepción de Freud pasa por tres períodos según sus distintos conceptos de esta censura. Primero estudia los efectos de la censura sobre la vida psíquica, luego busca el origen y evolución de los fenómenos de represión y, por fin, a partir de 1910, pasa de la psicología a la sociología genética.

La represión social se ejerce sobre el hombre desde su infancia, cuando el niño nace a la realidad social y a la conciencia de sí en el seno de la familia. Y la familia es considerada por Freud ante todo como un grupo biológico que continúa la vida animal y que tiene por

función principal la procreación y educación de los hijos. Después es considerada por Freud como una institución social enraizada en lo biológico.

No es extraño, dada la concepción materialista en que se desenvuelve toda su psicología, que las *relaciones y tendencias sexuales* hayan sido tenidas por Freud como fundamentales en la vida de la familia.

El principio constitutivo de la teoría de Freud es que la *libido*, lo sexual, constituye la tendencia fundamental que se manifiesta en el niño y que a través de las distintas frustraciones y represiones va adquiriendo conciencia del mundo exterior y se trueca en el origen del sentimiento social.

La tendencia fundamental del hombre desde la primera infancia es la *libidinosa*, suerte de tendencia biológica por la que busca la satisfacción del placer.

La *libido* infantil no es ya sin más sexual, sino tiene una primera fase *pregenital*. Y con las primeras fases o manifestaciones de ese erotismo, la *libido oral*—que no es únicamente el apetito de nutrición, sino verdadero erotismo, pues después de satisfecha el hambre, el niño halla placer en retener el pezón, el chupete, etc.—y la *libido anal*—placer en la satisfacción de esa necesidad y posterior retención de materias fecales—aparecen ya las represiones y prohibiciones del padre y de la madre, con la consiguiente afección del miedo, angustia, frustración dolorosa de tales apetitos.

La relación primaria del niño es con la madre. Físicamente el bebé depende de su mamá. Y continúa esa dependencia en la lactancia, cuidados y desvelos de la madre para con él. La primera atracción de su *libido* se dirige, pues, hacia la madre.

La segunda relación del niño es la del padre. El niño comienza por detestar al padre, que es elemento perturbador en el lazo de *amor* que une a la madre con el hijo. Luego se convierte en afección de celo y odio, cuando la *afección libidinosa* hacia la madre deviene sexual.

Tal es el origen del complejo de Edipo (héroe que mató a su padre para casarse con su madre), que aparece ya universalmente hacia los cinco años. El niño disputa el amor de su madre al padre, que por lo mismo es odiado. Y, cosa curiosa, la niña, según Freud, pasa por el mismo *complejo Edipo* de atracción a la madre, que es reemplazado pronto por el complejo Electra, en que la *libido* de la niña se torna hacia el varón, hacia el padre (a través del *complejo de castración*,

en que al notar su diferencia anatómica que la distingue del niño, se imagina que el penis le ha sido arrancado por el padre para castigarla. por lo que acepta la situación creada y su *libido* incestuosa la orienta al padre).

En ambos el complejo va a ser liquidado por el complejo de *castración*. A consecuencia de las reprensiones del padre, de la doble frustración anal y oral y de las amenazas de los padres contra los primeros intentos de masturbación (fase del narcisismo), el niño se imagina que la muchacha es un hombre castrado y tiene miedo de que a él le suceda lo mismo. La niña, en la misma época, pasa por la idea de *perforación*.

Las angustias imaginarias y el traumatismo doloroso de estas frustraciones y del temor de la castración-perforación hacen pasar al niño de lo *biológico a lo sociológico*. El niño descubre que las amenazas son imaginarias y adquiere conciencia de sí. Ya no se siente como algo de la madre, sino que la rechaza. Pero entonces la madre es sustituida por el padre, por una afección de admiración hacia él. El padre, imagen del poder y de la autoridad severa, es interiorizado y se constituye en el *Sobre-yo*. No sólo es objeto de miedo, sino que es adorado. Así nace la conciencia moral, que marcha en nuestro interior. «El imperativo categórico de Kant es el heredero directo del complejo [Edipo]» (*Freud, Le problème du masochisme, 1928*). Para otros psicoanalistas, este principio de autoridad y de obligación moral nace más tarde, por interiorización y sublimación de los profesores, los héroes de las novelas, de los films, etc.

*Por una serie de desplazamientos* se va ensanchando el círculo de la *libido* infantil desde los padres a los demás miembros del grupo familiar. No solamente lo psicológico explica lo social, sino que el pasaje de lo puro psíquico a lo social se hace según las leyes de la psicología, como asociación por semejanza que permite a la *libido* pasar de la madre a la tía o suegra. Así, *la solidaridad social se forma a partir de la solidaridad doméstica*, por un *alargamiento progresivo del instinto biológico*. Tales desplazamientos son provocados por los *tabous* o la censura prohibitiva de la unión incestuosa.

Hacia la edad de 12 años la pubertad comienza y se pasa de lo sexual a lo genital. Todos los complejos han sido liquidados y la *libido* puede deslizarse sin más dificultades sobre personas exteriores al círculo de la familia. El aprendizaje del amor bajo forma de heterosexualidad normal puede comenzar.

## GENETICA SOCIOLOGICA

Freud ha elaborado su psicoanálisis cuando las teorías evolucionistas estaban de moda. Acepta los principios del materialismo evolucionista de Darwin, y partiendo del principio de éste de que la ontogenia es una recapitulación de la filogenia—el niño repite toda la historia de la especie y las instituciones se desenvolverán según las mismas leyes que el yo—aplica su tesis de la función universal de la sexualidad a las *hordas primitivas*—medio animales, medio humanas—que según las ideas de Darwin habrían poblado la tierra, sometidas a las leyes de la selección sexual.

Con una sola diferencia: que lo que en el niño pasa en la imaginación y el inconsciente, en la historia ha sido drama real y vivido.

*Esas hordas primitivas* vivirían en pequeñas sociedades. El varón lucha por la dominación y es el más fuerte el que, después de haber expulsado o matado a todos los concurrentes, se hace el jefe de la sociedad:

Pero un día los hermanos rechazados y errantes se han reunido y, más emprendedores en su conjunto, han matado y devorado al padre que, odiado, era como un obstáculo a sus reivindicaciones sexuales y apetito del poder. En ello interviene el erotismo oral, hecho canibalismo, y el anal, pues el hijo se imagina que devorando al padre absorbe por participación la fuerza paterna.

Después del asesinato y dada la ambivalencia de sentimientos, pues que el padre es odiado y admirado a la vez, surge la tristeza y los remordimientos con el sentimiento de culpabilidad. *El complejo Edipo* ha sido, en la humanidad, un drama histórico, con incesto y muerte reales. Las diversas instituciones nacen de los procesos psíquicos capaces de superar el *complejo edipiano*.

*Ante todo, surge el totemismo*. Los hijos identifican el padre con el animal totémico, el cual es objeto de veneración con el verdadero ascendiente de la horda. Pero a veces es muerto para apoderarse de la fuerza paterna y alejar así el peligro del asesinato, sustituido por la muerte del animal.

Surge también de estos remordimientos *la exogamia*, fundamento de la organización doméstica. Estos remordimientos hacen que los hijos se prohíban toda *libido* con la madre.

Y de ahí otra derivación hacia las instituciones sociales: la *libido* hacia la madre, que es hecha un *tabou*, va a desviarse hacia los hermanos y devenir homosexual, aunque desexualizándose. Es la base

de la *solidaridad* social. La sociedad nace, pues, de la represión de la *libido* y de los remordimientos.

Nace nasimismo los *tabous*. Todos los tabous que la etnografía clasifica, los tabous del jefe, del cadáver, de la mujer en sufrimiento y de otros contactos impuros, nacen de las dos prohibiciones fundamentales, del incesto y el asesinato.

En toda esa sociología desarrollada por Freud, sobre todo en su obra *Totem y Tabou* (1913, trad. franc. 1923), se suponen un cierto número de postulados. Que todos los hombres tienen la misma estructura libidinosa y que esta *libido* pasa y está sometida a las mismas leyes psicológicas del principio del placer sexual, de su represión, de las desviaciones y desplazamientos del mismo, de su sustitución simbólica, identificación y sublimación. La prohibición obsesional viene del conflicto entre la pulsión sexual y la censura social.

Los mitos, los héroes y las religiones y ritos tienen también su explicación en algún problema sexual, en alguna neurosis obsesional, según el principio de la *ambivalencia*: un instinto sexual fuerte y la prohibición o censura social del mismo. La pulsión más fuerte y no debidamente represada, busca una sustitución y crea el mito. Como en los neuróticos, el origen y motivo sexual de los mismos queda en el inconsciente.

Así se *explican los mitos* del nacimiento de los héroes: el héroe es el hijo de un dios, que encuentra dificultades para vivir, abandonado y condenado a muerte, como Edipo, Moisés, etc. Más tarde el héroe se venga de su padre matándole y se hace reconocer por su valor.

De igual suerte se explican los ritos sociales de la iniciación que tienen un carácter sexual. La circuncisión, por ejemplo, que es uno de ellos, es el castigo del deseo del incesto, puesto que es una sustitución de la castración del hijo por el padre y una forma dramática de prevenir dicho incesto impresionando el inconsciente del mismo. Por ese traumatismo, el hijo se desprende de la madre y podrá en adelante orientar su sexualidad a otras mujeres.

Freud, en sus obras posteriores, *El porvenir de una ilusión*, *Molestias de una civilización*, *Moisés*, etc. y sus discípulos Keik, O. Rank, Steckel, Jung, etc., se han lanzado así por este camino a explicaciones psicoanalistas, basadas en el inconsciente complejo sexual, de otros muchos hechos e instituciones sociales. Sus interpretaciones no siempre están acordes y a veces son contradictorias.

Así explican la misma noción del alma que es ligada al complejo Edipo en su tendencia al narcisismo, a través de la visión de sí mismo en el espejo o las representaciones de los sueños, que dan lugar a la creencia de que ese reflejo de sí es un Doble misterioso y espiritual que continúa sobreviviendo. El reflejo es reemplazado por la reencarnación de los antepasados. Los niños son las almas de los abuelos que penetran en el cuerpo de la madre; la sombra deviene un principio de fecundación.

Los psicoanalistas siguen así explicando por estos complejos sexuales represados y que de nuevo reaparecen en mitos, ritos o símbolos creados y sobre todo en el sueño, la brujería y la magia, en que los fetiches o instrumentos mágicos son el símbolo del poder fallico—del término «phallus» o penis—de la tribu, el sustituto del padre de la tribu. De igual suerte, encuentran un origen libidinoso en el lenguaje. La primera palabra sería el grito del hombre en celo; los demás sonidos verbales serían empleados por los hombres en el trabajo como recuerdos del coito que dulcificara lo penoso de la tarea. También en la música, en el descubrimiento de los vestidos—que no responden a una necesidad de protección, sino son un compromiso entre la tendencia exhibicionista y su represión social—y hasta en el fuego, etc.

Los mismos hechos políticos no escapan a estas interpretaciones pansexualistas de los psicoanalistas. Así explican en complicadas elucubraciones la exhibición de la poderosa escuadra inglesa, la defensa de Irlanda por sus hijos contra Inglaterra, la democracia, la monarquía, el nazismo y hasta el monoteísmo, que no sería, según Freud, más que la restauración, a través de un lento retorno, de la grandeza del padre que es muerto por los hijos organizados en comunidad totémica, y vuelve luego como culto a los héroes, luego a los dioses del politeísmo y, en fin, al Dios único.

Por fin, la misma diversidad de religiones, de culturas, tendría su explicación en la *libido*. Las costumbres y ritos australianos, con su canibalismo, encuentran igualmente explicación en la regresión a la *libido* anal; la cultura, en cambio, y mitos de la India tendrían reminiscencias de la «libido» oral. Y el mismo erotismo anal o placer de retención de los excrementos sería la raíz atávica de explicación del capitalismo por la ancestral retención de mil objetos excrementales, barro, etc., que terminaría en la acumulación de riquezas. Y hasta la tendencia a la muerte es reducida a través de los celos a una neu-



rosis sexual, que es el masochismo. Huelgan más detalladas explicaciones de estas macabras reducciones de lo social a los complejos sexuales.

### LA CRITICA DEL PSICOANALISIS COMO FUNDAMENTO DE UNA TEORIA SOCIOLOGICA

Este psicoanálisis sociológico de Freud y sus discípulos ha sido repudiado, no ya sólo desde el punto de vista de la teología católica o de la sana filosofía, sino también por la generalidad de los científicos, tanto desde el punto de vista de la sociología como de la antropología. Veamos primero las críticas de sociólogos y antropólogos, tanto sobre los principios generales como sobre la interpretación de la sociedad primitiva.

a) Ante todo repudian el *drama* de Edipo supuesto por Freud en el origen de las hordas primitivas, como verdadera *novela*, sin base ninguna de verificación en los hechos. No es un drama histórico, es un «roman» fabuloso inventado por los psicoanalistas.

b) Salta a la vista cómo en seguida puede reprocharse al psicoanálisis, con A. Sorokin, la *simplicidad* de ese principio de explicación. Querer explicar con la ayuda de un factor causal único la infinita complejidad de los hechos sociales y sus variadísimas causas es volver al primitivismo de la filosofía jónica, a la concepción de Tales, que consideraba al universo entero como construido por un solo principio, que era el agua. Ahora bien, explicarlo todo por una sola fórmula, es no explicar nada. Es el mismo error capital subyacente en otras sociologías unilaterales, como el biologismo, el marxismo, etc., que no ponen en juego en el origen de las sociedades más que un solo factor, cuando la causalidad en las ciencias de la sociedad tiene tan gran riqueza y complejidad.

c) El error fundamental de que también le acusan los científicos a Freud y su sistema es el *biologismo extremo*, fruto del *materialismo evolucionista* que Freud recibe y acepta de su época, junto con los principios del Darwinismo, de que la ontogenia o desarrollo del individuo repite la filogenia o historia de toda la humanidad. Pero estos principios del evolucionismo materialista aplicados a la especie humana y a la genética de la sociedad han sido ya superados y definitivamente repudiados. Este biologismo exagerado le ha conducido a poner en los instintos, y en los instintos biológicos más primitivos, el origen de todas las organizaciones sociales, siendo así que los hechos socia-

les son fruto de las actividades más elevadas y espirituales del hombre. Todos los sociólogos, aún los más reacios a cualquier espiritua- lismo, reconocen que las agrupaciones sociales son producto no sólo de un instinto biológico, sino de un complejo de tendencias, percep- ciones, impulsos, sentimientos y actitudes de todo género y máxime de origen racional, que han intervenido en la formación de las diver- sas instituciones sociales.

d) Otra dificultad, también insuperable, se presenta contra cual- quier evasiva de Freud a estas objeciones. Se dice que Freud más tarde evolucionó hacia una metafísica del amor que parece haberle alejado de ese biologismo. La *libido* que él propone como origen de la sociedad es una libido desexualizada, una suerte de Eros platónico que engloba todas las formas del amor y se confundiría con el prin- cipio vital. Pero entonces se tiene un argumento fundamental contra él. ¿Quién ha podido hacer que la *libido*, que en su origen es sexual, se desexualice y se trueque en simple solidaridad social capaz de fundar la sociedad? La desexualización se hace por el choque con las prohibiciones o censuras y éstas tienen a su vez un origen sexual. Tenemos un círculo vicioso del que no sabe salir. No se comprende cómo lo sexual, chocando contra lo sexual, puede transformarse en sentimiento desexualizado. La desexualización queda como un mis- terio del que no se da ninguna explicación.

Además, como urge Kardiner, si ello es efecto de la represión social, pero esta represión no puede jamás destruir la sexualidad, sino transformarla y sublimarla, y cualquier tendencia así sustituida es- taría coloreada de lo sexual. Mas la represión o disciplina social no puede referirse casi nunca al placer sexual en cuanto tal. La sociedad interviene no contra el placer libidinoso del niño, que queda en su interior, sino contra la suciedad, v. gr., en el complejo anal, y no parece que ataque en nada a la esencia de lo libidinoso-sexual.

Por otra parte, desexualizar la libido sería destruirla al conver- tirla en sentimientos de otro género. Y no parece no sólo que esto acontezca, sino que atacaría al fondo de la teoría de Freud, que pa- rece haber permanecido fiel a la concepción de la *libido* como instinto fundamentalmente sexual, sea genital o pregenital. De las dos defi- niciones de la *libido* que ha dado Freud, una—la metafísica—que en- globa muchas otras especies de impulsiones vitales, y otra, como abar- cando todas las formas del amor, si bien todas ellas enraizadas en el impulso sexual desviado de su fin originario, parece ser que esta

última, que hace de todo amor afección fundamentalmente sexual, es la más constante en la doctrina de Freud, la única que conserva toda la originalidad de la sociología freudiana.

e) Los sociólogos acumulan toda suerte de dificultades y hechos o datos reales que destruyen, por ser contrarios, los supuestos de la teoría de Freud. Nadie admite que el apetito propiamente sexual se presente antes de la pubertad, sino algunas formas de sensualidad, de apetito de placeres del tacto, sino distintos de la libido sexual. Y no se vé por qué, si se diera, habría de dirigirse primero unilateralmente a la madre y no a las jóvenes de la misma familia o tribu, como es lo propio. En efecto, se comprueba que tanto en los animales superiores, aún monógamos, como en tribus salvajes o primitivas, la libido aparece indiferente y capaz de dirigirse a cualesquiera. Nunca aparece sólo como apego libidinoso a la madre.

Además, el complejo de Edipo, si puede darse en algunos, sobre todo anormales, de ningún modo se presenta en todos los civilizados o salvajes. Nadie ha podido comprobar la *universalidad* de estas tendencias incestuosas o parricidas que Freud atribuye a todos como ley universal del hombre en su primera fase evolutiva. El parricidio y el incesto no aparecen como hechos históricos generales en las civilizaciones primitivas.

Por otra parte, los remordimientos generados por la conciencia primera de esos deseos no han podido dar lugar a los sentimientos de culpabilidad ni pueden producirse por aquella ilusión de castigo. Porque suponen la conciencia moral, la cual, dice Malinowski, es un producto de la civilización, muy lejos, lo más lejos posible, de ser un producto natural, pues nada tienen que ver con el instinto biológico.

A su vez, de la teoría de Freud se sigue por inevitable consecuencia que la primera organización social sería el totemismo. Mas los etnólogos, como el P. Schmidt, han probado que lejos de ser la primitiva organización social, el totemismo se revela como un fenómeno relativamente tardío, efecto de la cultura de la gran caza.

A su vez, el complejo Edipo corresponde a la organización patriarcal fundada sobre la descendencia paterna, que es propia de la familia aria. Pero Malinowski y otros han probado cómo en muchas civilizaciones indígenas de Oceanía, como en las islas Trobriand; etc., la organización familiar es matriarcal, o mejor, matrilineal. En ella no puede descubrirse la menor traza del complejo Edipo. También se ha comprobado que la noción de *padre* no tiene un origen sexual y

filosófico, sino es de origen social. Padre, primitivamente no es el genitor, sino el honorable, el respetable, título que se da también a los dioses, los héroes y personajes importantes, y hasta a los huéspedes. Por estos y otros innumerables datos se ha comprobado cómo las teorizaciones psicoanalistas sobre genética sociológica se oponen a los hechos históricos más comprobados y han de relegarse al mundo de la pura fábula. Y cuando se psicoanaliza un individuo, los complejos como el edipiano, «han de probarse, no presumirse», dice Dalbiez.

f) Por fin, no podemos menos de mencionar el argumento filosófico fundamental, lo fundado y absolutamente falso del *apetito sexual* como tendencia casi única y más fundamental de la naturaleza humana, y factor universal en la constitución social. Todos los sociólogos aceptan que existen otras muchas pulsiones instintivas, tendencias y sentimientos tan fundamentales o más que la libido, como causas de los *hechos sociales*. Así, enumeran como igualmente primitivos y que afloran en la conciencia del niño, el apetito de nutrición, que no está de por sí mezclado con el erotismo; «el deseo de seguridad» tan vivo en la conciencia infantil; las tendencias de competición, de imitación, de ambición, el sentimiento de fraternidad humana o de amor mutuo y solidaridad entre los hombres. Santo Tomás dirá que más fundamental y fuerte que el apetito genésico o la libido, es el apetito de la conservación del *individuo*, ya que cada uno tiende más a la conservación del propio ser que al de la especie. Se manifiesta principalmente en el apetito natural de nutrición—que da lugar al apetito concupiscible—y en el de defensa contra todo factor extraño agresivo—apetito irascible, equivalente al «deseo de seguridad propia» de que hablan los psicólogos americanos—con toda la gama de innúmeras pulsiones y tendencias pasionales con que en la conciencia humana o en la vida psíquica, aquellas tendencias innatas se manifiestan.

Y tales pulsiones o apetitos fundamentales de ningún modo son todos reducibles a la *libido* o apetito sexual, ya que éste ontológicamente es el apetito del bien y conservación de la especie, y *psicológicamente* es el apetito del placer sexual. Pero a él de ningún modo son reducibles todas las otras formas del *amor*, sea de los otros amores naturales o sensibles, que buscan los bienes del propio individuo; y mucho menos los otros amores superiores, el apetito de los bienes espirituales, de la verdad y belleza, de los valores de justicia, etc. Y

el supremo amor de todos, que es apetito del Bien universal, que culmina en el amor de Dios.

Pero ni aun aquellas tendencias o pulsiones naturales que decíamos son distintas de la *libido* sexual, ni tampoco ésta, *son la causa o factor esencial determinante de la humana sociedad*. Prueba evidente de ello es que en los animales existe la *libido* e inter-atracción de los sexos, así como todas las demás pulsiones naturales de nutrición, instinto de defensa, de agrupación o gregarismo, y no existe en ellos la humana sociedad, si no queremos burdamente confundir ésta con el material gregarismo de los animales reunidos en manada. La sociedad humana reconoce, pues, *como origen y factor causal específico*, los deseos y tendencias humanas de relación, de intercomunicación, de amor y ayuda mutuas que siguen a la vida *propia-mente racional*. Porque la razón humana que sabe proponerse fines individuales comunes, o tareas individuales o colectivas, la única que sabe relacionar los medios con los fines, es el *principio fundacional* propio y específico de la humana sociedad.

Y contra esta evidencia racional y filosófica no pueden significar nada cualesquiera otras explicaciones de tipo puramente empirista que den los sociólogos, fundados no en la observación e interpretación realistas de los hechos, sino en otros prejuicios aprioristas ajenos a la observación racional de la experiencia.

## CONCLUSION: ESTADO ACTUAL DEL PSICOANALISIS

Sin duda debemos reconocer que el psicoanálisis está aún hoy día de moda y es cultivado y profesado por innumerables científicos y psiquiatras, y siguen siendo también valoradas sus aplicaciones a la sociología. Pero estos psicoanalistas están a enorme distancia del clásico psicoanálisis de Freud y sus primeros discípulos. ¿Qué queda en la actualidad de aquel clásico psicoanálisis en el campo sociológico, del psicoanálisis sociológico?

En breves términos podemos responder con Roger Bastide, (*Sociologie et Psychoanalyse*, Paris PUF 1950, p. 175 ss.) que «los sociólogos contemporáneos distinguen, en el *psicoanálisis*, entre el método y el *contenido doctrinal*, para utilizar el primero rechazando el segundo». Es decir, el psicoanálisis subsiste como un método y una técnica que de la observación comparativa de los hechos patológicos, de neurosis y perturbaciones mentales en los individuos, deduce

aplicaciones y consecuencias para la comprensión de ciertas formas de civilizaciones, o de clasificaciones de tipos políticos; en una palabra, para pasar a la explicación de ciertos hechos sociales normales.

Pero previamente estos sociólogos eliminan todo el contenido doctrinal del psicoanálisis clásico: es decir, toda la doctrina de la libido, como origen universal de los hechos sociales. Y conservan tan sólo los conceptos de Freud de *represión*, *frustración*, de *sublimación* o de *sustitución* y *racionalización*, para aplicarlo a todas las tendencias sociales. He aquí, pues, la neta distinción del aparato conceptual del psicoanálisis como técnica de análisis de los procesos psíquicos mórbidos en vistas a su curación y otras consecuencias de estudio de la teoría pansexualista de la libido que es universalmente repudiada.

Hay, no obstante, algunos, como el citado Bastide, que en esto inculpan a los psicoanalistas sociológicos de aceptar demasiado lo patológico de la metodología freudiana y *minimizar en cambio la función* de la *sexualidad* en la vida social.

Pero aún la solución de R. Bastide, que reconoce una función preponderante de lo sexual en la vida social, está a inmensa distancia de aceptar las ideas freudianas. Bastide sienta, en efecto, contra Freud el principio de la *heterogeneidad* específica de *lo social respecto de lo libidinoso*. El nuevo psicoanálisis sólo quiere hacer resaltar la importancia de lo sexual en las instituciones sociales. Esta acción preponderante se hace reconocer no en una relación de causa de lo sexual respecto de las formaciones sociales, sino en relaciones de *interpenetración* de verdadera coalescencia y síntesis de sentimientos de lo sexual, incluso en el campo de lo social-religioso. Es una consecuencia de la reciprocidad de lo individual y de lo colectivo y de su interpenetración. Así, la vida sexual y la vida religiosa constituyen dos dominios heterogéneos, pero pueden interiormente encontrarse y fusionarse. Esto explica cómo muchos cultos, formas y ritos religiosos, como los órficos, bacanales y dionisianos estaban fuertemente *coloreados* de erotismo y de sexualismo. Es un dato de la psicología individual que lo han reconocido también los místicos católicos. En momentos de exaltación religiosa surge una derivación de lo emotivo en los centros nerviosos sexuales y así lo voluptuoso se une a lo místico, por fenómeno de asociación y no de vínculo causal. Lejos de que lo religioso nazca de lo sexual, sería al contrario, que lo religioso se degrada en lo sexual.

---

Y esto que se dice de la vida religiosa, asociada a veces a lo sexual, debe aplicarse a otras formas sociales, máxime a la institución familiar, en la cual goza un papel tan preponderante la atracción y unión de los sexos, como causa de la familia misma.

Tal es la parte de verdad que debe concederse a las teorías en sí mismas tan falsas y erróneas del psicoanálisis freudiano.

FR. TEOFILO URDANOZ, O. P.